

Mirando y por la calle

¡ESOS TAMBORES NO SON LOS MIOS!

Yo, no lo sé a ciencia cierta, pero según lo que oigo a viejos y jóvenes de la localidad, «antes», ya saben cuándo, ver desfilar a las turbas con sus tambores, era un espectáculo digno de ver, y sé de muchas familias que se desplazaban de diferentes puntos de la geografía española, nada más que por darse el gustazo de un madrugón y admirar el insólito y atrayente espectáculo.

Yo lo pude ver el año pasado, y la verdad es que aún admirando la buena voluntad de sus organizadores y la mayoría de sus miembros, al final me quedé con un regustito tirando a amargo.

Se impone un discreto pero enérgico régimen de control en el que tomen parte activa todos los que verdaderamente sienten la singular pasión y el profundo respeto de los desfiles pasionales, para que los grupúsculos enmarañados, con la sola y única misión de denigrar lo que los desfiles representan, se queden en sus casas o en todo caso, no entorpezcan lo que no les debe ir ni venir.

Se ha echado mano en más de una ocasión de la manida excusa de que sólo las gentes forasteras alteran el orden.

Yo quisiera saber en realidad si eso es cierto, porque tengo mis dudas. Bastaría con que, sin discriminaciones, se detuviese a los cafres que alteran la buena marcha y las más elementales reglas del respeto debido, y naturalmente se les exigiese su identificación. Creo sinceramente que habría más de una sorpresa al respecto.

Repito que un control riguroso se impone. Sólo podrían salir los miembros que acreditasen su pertenencia a la Cofradía documentalmente, y además, un distintivo bien visible podría ayudar a detectar a los que son tirios o a los troyanos.

Desconozco el capítulo de obligaciones de los turbos, pero si entre ellas figurase el de que cada uno debe sentirse responsable del buen nombre de lo que representa ante su Cofradía y ante los ojos del público, no estaría de más.

Piense cada uno, que si obra bien, hablarán bien de él mismo, si lo hace mal, hablarán mal de lo que representa.

Con respecto a los foráneos que vengan con ánimos de gresca, lo más adecuado sería la aplicación de nuestras costumbres: Eso es; hacernos respetar por las buenas, porque a las malas también se podría conseguir aunque la cosa fuese más movidilla.

Nuestros corazones, nuestros brazos y afectos, deben estar abiertos con los que nos honren con su presencia, siempre y cuando se corresponda con respeto a la cortesía. La sobria elegancia de las gentes de esta ciudad, tan propensa a agasajar a cualquiera que les respete, es proverbial, y yo como forastero que soy (aunque me siento tan conquisado como aquí me quieran dejar serlo) pediría a todos, los que estén o vinieren, que consideren el daño que se harán, no sólo a sí mismo sino a sus pueblos de procedencia por falta del respeto natural a quienes nos acogen tan amablemente.

e-
ie
n,
n-
oc-
re-
an
la
on-
tos
la-
ri-
án
en-
en-
en